

RODRÍGUEZ, MARIANO, *Más allá del rebaño. Nietzsche, filósofo de la mente*. Madrid: Avarigani, 2018. 335 pp. ISBN: 9788494580567

Quien lea este libro se va a encontrar con un Nietzsche vivo. Aunque se han vertido ríos de tinta en torno a la cuestión de la relevancia de Nietzsche hoy, pocas veces se ha logrado ser directo y convincente al respecto sin caer en la hipérbole, en la caricatura o, directamente, en la injusticia. Sin que sea este el tema del libro, esta obra aporta muy buenas razones para identificar y pensar con Nietzsche, y más allá de él, los problemas filosóficos de nuestro tiempo: el tiempo de la sociedad tecnológica. En lugar de señalar rupturas profundas, Mariano Rodríguez presenta, en un lenguaje directo que entra fácilmente en diálogo con la filosofía contemporánea, la conscientemente ambigua relación de Nietzsche con su tradición: por un lado, su crítica sin cuartel a la metafísica y a la moral; por otro, su convicción de que ya la ciencia del siglo XIX había puesto a nuestra disposición medios efectivos para refinar y encauzar las reflexiones filosóficas a través de una naturalización de todos los enigmas.

De lo primero, pocas pruebas se necesitan: basta con abrir cualquier volumen de Nietzsche para saborear su desprecio por la tradición metafísico-moral; en cuanto a lo segundo, el autor resalta en Nietzsche la influencia de importantes científicos como W. Roux, W. Rolph, F. Lange y R. Boscovich, en cuyas aproximaciones a la fisiología y al evolucionismo se habría inspirado para elaborar su «hipótesis» de la voluntad de poder a falta de una ciencia cognitiva o una neurociencia, en la época, que pudiera ofrecer las potentes herramientas científicas actuales para comprender aquello que en la tradición metafísica aparece como sobrenatural o milagroso.

No se encuentra el lector ante la mera reconstrucción de un aspecto de la filosofía Nietzsche –su psicología–; estamos, más bien, ante una lectura total que recupera en buena medida sus aportes más relevantes al pensamiento y que encuentra todos esos elementos por él introducidos confluyendo, como por una sincronía epocal, en lo que hoy conocemos como filosofía de la mente. Pero esta obra también es, en cierto sentido, un alegato contra una perspectiva que ha estado, incluso en la época de la neurociencia y la ciencia cognitiva, filosóficamente más ligada a la tradición metafísica que a la vanguardia científica y que, en lugar de ver en lo que el lenguaje metafísico no puede decir una invitación a su derogación, encuentra en el abismo tendido entre el cuerpo y la mente un estímulo para afirmar lo sobrenatural.

En efecto, el problema que emerge constantemente en el libro es el tradicionalmente denominado *problema mente-cuerpo*, o sea, el problema de la aparente brecha entre los procesos neuronales y la conciencia. ¿No es acaso éste el mejor representante de todos los problemas? ¿No se resumen en esa dualidad, que por sí lo olvidásemos es imagen del ser humano, todas

las inquietudes filosóficas de la modernidad? Sin embargo, ni Nietzsche ni Rodríguez tienen intención alguna de simplificar la cuestión: se trata de plantear la conciencia, que Descartes quiso entender como *res cogitans* fundacional, como efecto secundario de algo más complejo, a saber, las interacciones profundamente azarosas de las pulsiones. En consecuencia, tampoco el concepto de cuerpo sale ileso: para comprender este «cuerpo» transvalorado, hace falta hacer caso a la especial ontología que Nietzsche propone alrededor de las pulsiones.

El autor desarrolla su propuesta dividiendo su trabajo en cuatro capítulos:

1) El primero, concebido como una introducción, se dedica a advertir sobre dos rasgos ineludibles para leer a Nietzsche como filósofo de la mente en sendos apartados titulados «Contra la introspección» y «Siguiendo el hilo conductor del cuerpo». Con respecto a la introspección, se trata de oponer, en una ya conocida jugada nietzscheana, la «opacidad del mundo interior» (p. 34) a la «claridad y distinción» con la que la actitud moderna quiere iluminar el «yo pienso». Lo segundo, en esa misma línea, tiene que ver con, hablando metafóricamente, poner al cuerpo como creador de lo mental, invirtiendo de un modo particular el orden dualista y su ya conocida jerarquía de valores. De acuerdo con esta tesis, «sólo hay estados corporales» y los «estados mentales» no serían más que metáforas de esos estados –metáforas, naturalmente, erróneas.

2) En el segundo capítulo, a partir de estas consideraciones «metodológicas», el autor emprende su labor interpretativa. Contiene tres apartados titulados respectivamente: «Pensar», «Querer» y «Sentir», actividades mentales que Nietzsche habría identificado como básicas. Es notable en esta parte el diálogo entre un Nietzsche, digámoslo de este modo, filósofo del cuerpo, y los filósofos de la mente actuales, entre los que destaca, por su actitud crítica y por su intento de superar el materialismo sin volver al dualismo, el norteamericano John Searle, especialmente por un contraste que se puede establecer entre su noción de intencionalidad y la nietzscheana de «voluntad» en lo referido a la comprensión del querer. No pasará por alto el autor, entre otras cosas, que el concepto de voluntad en Nietzsche heredado de Schopenhauer sufre en Nietzsche una destrucción parcial que abrirá paso a una noción afirmativa, es decir, una paradójica pero efectiva restauración del concepto «mediante su introducción en el juego del mandar y el obedecer, que sería por lo demás el juego universal» (p. 72). En esta reconsideración de la voluntad lo importante es despojar al querer de los fines, del agente o sujeto, de la causalidad y de su carácter de «facultad» para describirla, con todo ello, como resultado de algo más –algo *natural*.

En efecto, esta pauperización de la voluntad será necesaria, al menos en el libro que nos ocupa, para dar cuenta del sentir y del pensar en cuanto actividades

en gran medida desprovistas de conciencia y de dirección preestablecida. «El *yo quiero* en el fondo sería un *a mí me ocurre*, un *yo estoy afectado*» (p. 75) como resultado de una explosión de exceso de fuerza en la interacción de las pulsiones. La misma operación transvaloradora es reseñada por el autor con respecto al «sentir» y al «pensar». De hecho, estas dos nociones también serán «reducidas», aunque quizás aquí no cabe esa palabra, a la acción de las pulsiones, que es la acción propiamente dicha. Se trata de un sentir en el pleno sentido de «ser afectado», pero sin la connotación pasiva que tendría esta idea en el cartesianismo. La sensación y el sentimiento, en Nietzsche, son un resultado del intelecto. Eso no quiere decir que dependan de la consciencia, sino que, precisamente, al despojar a la consciencia de su falsa preeminencia en la constitución del ser humano, se revela el carácter primordialmente sensorial y esencialmente fisiológico de la realidad, de *nuestra realidad*. El sentir, así visto, no sería otra cosa que la interpretación, por descontado errónea, que hace el intelecto del estímulo sensorial.

El pensar, por último, será quizás el asunto con el que más podríamos relacionar a Nietzsche con la actual filosofía de la mente, no por afinidades, sino por los contrastes que puede ofrecer una perspectiva nietzscheana. A diferencia de la tradición contemporánea, el Nietzsche filósofo de la mente sí se pregunta qué es eso de «pensar». El problema, desde una caracterización de lo mental como pulsional, es que el fondo de la cuestión es oscuro, y esa oscuridad, esa incomprendibilidad, parece ser lo único que Nietzsche aspira a mostrar. Por tanto, a la pregunta de si Nietzsche puede ayudarnos a comprender qué significa pensar, la respuesta tiene que ser o bien un «no» o un «tal vez sí, tal vez no». Pero no hay que banalizar esta alternativa: en clave escéptica, el «tal vez sí, tal vez no» es de una honestidad meridiana y no exenta de utilidad para la filosofía y para la vida. En vez de comprender qué significa pensar, a lo que llegamos es a que, si tanto comprender como pensar son actividades pulsionales, el fondo de la cuestión es irresoluble, porque lo que esto quiere decir es que «en nuestra mente opera sin cesar el caos» (p. 108). En todo caso, Nietzsche no perderá de vista, y eso lo muestra Mariano Rodríguez con toda claridad, que, de hecho, en nuestra vida cotidiana, a pesar de lo dicho, nosotros creemos saber perfectamente qué es pensar –tanto como que somos *nosotros* los que pensamos.

3) En el tercer capítulo se desarrolla lo que sería el núcleo común tanto de la actividad mental como de la actividad del cuerpo, es decir, tanto del querer-pensar-sentir, como del moverse y el hacer: el concepto de pulsión. La pulsión sería lo que en el fondo somos, lo que somos más allá de la máscara del lenguaje, de tal modo que el conocimiento de la pluralidad y la irreducibilidad de las pulsiones señala el límite del pensamiento consciente porque éste es un desarrollo posterior de las fuerzas ciegas. La reformulación

nietzscheana del problema mente-cuerpo no es cualquier reformulación, sino una que sigue un particular naturalismo que difícilmente pueda encontrar su expresión adecuada en los términos propuestos tradicionalmente en la oposición de lo mental y lo físico: en lugar de seguir como hilo conductor el «misterio» de lo mental para derivar de ello la posibilidad de la existencia de lo corporal, y en vez de ahondar en la ficción de la radical distinción de lo mental con respecto a otros fenómenos físicos, Nietzsche quiere partir del hecho fisiológico para profundizar desde ahí en lo mental en cuanto fenómeno fisiológico. En consecuencia, este escepticismo nietzscheano tendría que ganarse su propio sitio entre las filosofías de la mente, puesto que difícilmente podría identificarse con un fisicalismo o un materialismo a la usanza, por más que maticemos estos conceptos, si estos son definidos a partir del dogma introspectivo de la dualidad originaria.

4) En el cuarto capítulo, a partir de esta «ontología», si se puede decir así, de la pulsión, que por desarrollo es también de los afectos, del sentir y del querer, o sea, de la voluntad, el autor elabora lo que podríamos llamar la teoría nietzscheana de la consciencia. Se trata, por todo lo anterior, de una consciencia transvalorada, primero porque ha sido colocada en la superficie, mientras que hasta ahora había sido situada en el *fondo*, en la *esencia* y, segundo, porque debajo de ella se ha colocado la sensación como su condición de posibilidad y como estadio previo, pero, de nuevo, no como sensación de un sujeto, sino como intercambio pulsional, como estímulo nervioso extrapolado en imagen (p. 189). De ese modo, la consciencia es cuestión de grado, y se supone por tanto en la más mínima actividad pulsional, algún grado incipiente de sensación. El autor desarrollará así las dos hipótesis «gruesas» del libro: el *epifenomenalismo* modesto de Nietzsche, es decir, la hipótesis de que los fenómenos mentales se describirían mejor como epifenómenos o efectos secundarios de las interacciones pulsionales que ocurren fundamentalmente en el inconsciente; y su proto-panpsiquismo, o sea la hipótesis de que toda materia está dotada de un mínimo de sensación y, por tanto, de un mínimo de «consciencia», si entendemos que esta no es más que un desarrollo reduccionista posterior del estímulo nervioso. Matizar estas dos hipótesis es en buena medida el trabajo emprendido en la cuarta parte del libro, que es la más propositiva y la más extensa.

El camino que sigue Mariano Rodríguez en esta obra podría entenderse como un solo argumento en favor de un nuevo planteamiento --nietzscheano-- del problema mente-cuerpo, o incluso, hablando más radicalmente, de *eliminar* ese problema para dar espacio a la verdadera cuestión, que no es cómo es posible la relación entre ambas cosas, sino cómo debemos entender el continuo mente-cuerpo de tal modo que ese entendimiento esté al servicio de un proyecto liberador. En qué pueda consistir esa liberación es algo que el

autor quiere dejar enteramente en manos del lector, pero no de tal modo que éste se sienta libre para interpretar al filósofo de cualquier manera, sino de tal modo que el libro encuentre a los lectores que Nietzsche hubiera querido para sus propios libros.

Ferén Barrios

SÁNCHEZ LOPERA, ALEJANDRO, *Nihilismo y verdad. Nietzsche en América Latina*. New York: Peter Lang, 2017, 180 pp. ISBN: 978-1-78707-273-2.

Este ensayo atiende a la difícil relación entre Nietzsche y América Latina. Alejandro Sánchez Lopera, profesor del Departamento de Ciencia Política de la Universidad El Bosque de Bogotá nos presenta un análisis de esta interacción desde la óptica del desencuentro. Según éste, en América Latina se ha leído y estudiado en profundidad la obra del filósofo alemán; sin embargo, su lectura ha venido marcada por el destiempo, ese desfase temporal promovido por los hábitos morales que condujeron a su recepción tardía.

La obra se compone de cuatro partes diferenciadas: la literaria, la filológica, la filosófica y la moral. La primera de ellas, compuesta por el capítulo «Nietzsche contra un mundo de papel», atiende a la particular forma de expresión con la que Nietzsche irrumpe en la escena del pensamiento, y que transformara el tiempo de lectura. La segunda parte la conforma el capítulo dos, titulado «El Nietzsche de Rafael Gutiérrez-Girardot», en el que Sánchez expone el uso tan personal y creativo que hizo el Gutiérrez-Girardot de Nietzsche para entender el carácter planetario de América Latina.

La tercera parte, compuesta del capítulo «La vida como problema: Dilthey, Ortega y Gasset, Gadamer», estudia las diferentes reconstrucciones hermenéuticas que atraviesa los diferentes postulados de la filosofía latinoamericana y como éstas marcaran el «encuentro imposible de América Latina con Nietzsche». La cuarta parte recoge el capítulo «Compasión, sufrimiento y nihilismo», en el que el autor propone leer sin tapujos uno de los signos fundamentales de la filosofía latinoamericana mayoritaria: la moralización del sufrimiento. Esto es, propone una lectura de las relaciones entre los que mandan y los que obedecen en términos morales de impotencia; y para ello introducirá a Nietzsche y a Borges. El estudio es acompañado con una bibliografía final que complementa el estudio.

De este modo, esta obra ofrece una aproximación a esos «desencuentros» entre Nietzsche y América Latina, desde una perspectiva que se interroga sobre una relación plagada de malentendidos. Por todo ello, su lectura puede